

DOMINGO XXVI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Números 11, 25-29): *Ojalá todos profetizaran.*

Salmo (18, 8.10.12-14): *«Los mandatos del Señor son rectos y alegran el corazón».*

2ª lectura (Santiago 5, 1-6): *Vuestra riqueza está podrida.*

Evangelio (Marcos 9, 38-43.45.47-48): *El que no está contra nosotros está a favor nuestro.*

La palabra de Dios en este domingo nos muestra que no podemos ser exclusivistas y pretender tener nosotros la exclusiva de la salvación. Veíamos en la primera lectura que el pueblo de Israel va caminando por el desierto, ha murmurado contra Moisés y por indicación de Dios ha constituido a los setenta ancianos que reciben el Espíritu para ser colaboradores suyos. Pero surgen en el campamento dos personajes: Eldad y Medad (que no pertenecen al grupo de los ancianos), están profetizando en medio del campamento y Josué le avisa a Moisés y la respuesta de este es clara: *«¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor!»*. Y es que Dios actúa con plena libertad al dar su Espíritu. Es un don que no está sometido a condicionamientos humanos; el Espíritu, como don de Dios, no se puede reducir a unas formas exclusivamente institucionales. Esos dos personajes, Eldad y Medad, representan a aquellos que han recibido un don carismático fuera de los ámbitos institucionales.

Es la misma problemática que nos plantea el evangelio cuando Juan, en nombre de los doce manifiesta: *«Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no viene con nosotros»*. Ese comportamiento de los apóstoles, demuestra que no han terminado de enterarse de lo que significa el seguimiento de Jesús. Unos pretendían tener los primeros lugares en el Reino, ahora otros, pretenden tener los privilegios inherentes al grupo y Jesús los corrige: *«El que no está contra nosotros está a favor nuestro»*. Jesús no vive sólo para sí, sino que su vida la entrega para que redunde en beneficio vivificador para todos los que secunden su oferta de participación de la vida de Dios. El Maestro nos enseña que hacer el bien no es exclusivo de los discípulos de Jesús, ya que la bondad de Dios fue derramada sobre todas sus criaturas y su trascendencia va más allá de las condiciones históricas y sociales de la humanidad.

Nos cuesta reconocer que la capacidad de obrar bien, de hacer maravillas, no es privilegio exclusivo nuestro, sino que es el Señor quien lo concede, y no somos quien para limitar la generosidad de Dios. Lo que ocurre con frecuencia es que nos domina la vanidad y quisiéramos que quedara más clara nuestra obra bien hecha frente a los demás; lo triste es que nos preocupa tanto la obra bien hecha como el reconocimiento de nuestra valía, y es ahí donde denunciamos como rivales a quienes por la bondad de Dios también son colaboradores de su designio. Aceptar con ánimo humilde y sincero toda obra bien hecha nos permitiría descubrir bondades en nuestros más acérrimos enemigos, y hasta sería más fácil un auténtico diálogo que buscarse el crecimiento de la Verdad y de la Bondad en todas las circunstancias. Es el egoísmo, sobre todo cuando toma la forma de la vanidad, la causa principal de las injusticias.

El evangelio nos recuerda que esta búsqueda de riqueza precedera no nos prepara para el día del juicio final, sino más bien lo contrario; nos hace olvidar el verdadero valor de las cosas y acabamos acumulando riquezas que ningún valor tendrán el día del juicio. La imagen que utiliza el apóstol Santiago es fuerte cuando se atreve a decir que toda esa riqueza acumulada será testimonio contra nosotros, que con ese afán nos hemos ido cebando para el día de la matanza. Mejor renunciar a nuestros privilegios y fomentar la generosidad frente a los demás.

También muchas veces los discípulos de hoy tenemos que vernos retratados en esta actitud y es que debemos saber una vez más que no debemos pretender privilegios sino recordar que la promesa del Reino es para aquel que presta un servicio callado. No importa lo sensacional lo importante a los ojos de los hombres para ser bien vistos a los ojos de los hombres, sino que lo importante es el amor escondido en la acción de ofrecer un vaso de agua al sediento.

La actitud del discípulo de Jesús tiene que ser, por tanto, ir haciendo el bien, pero también evitar el mal y Jesús nos insiste, sobre todo, en el escándalo. Evitar el escándalo tiene que ser algo prioritario para el discípulo y especialmente, escandalizar a los más pequeños, a los más débiles. Jesús utiliza expresiones tremendamente duras, lo que nos indica la radicalidad del seguimiento de Jesús. Y la segunda lectura nos advierte que una ocasión grave de escándalo es la acumulación de riquezas injustamente, aprovechándose de los más débiles. Así alimentados hoy con este pan de la Palabra podemos terminar con las palabras del salmo: *«Preserva a tu siervo de la arrogancia, para que no me domine: así quedará limpio e inocente del gran pecado»*.

La Iglesia viva, y por tanto también la de los cristianos de a pie, tienen que continuar las enseñanzas de su Maestro y Fundador, y acercarse a los pecadores e infieles con un mensaje de vida y no de condena. Para ello es necesario incrementar el aprecio y estima por el pecador, no por su pecado, y hablarle de esa bondad que él tiene, pero que quizás nadie la estima ya que todos arremeten contra él considerándole más como pecador que como hijo de Dios y hermano nuestro. Lo más triste es que no sólo rechazamos a los que por no ser de los nuestros atribuimos toda maldad, sino que llegamos hasta alegrarnos si su vida acaba mal. Y es que olvidamos que todos somos hijos de Dios.